

## Monseñor Pablo Cabrera: obra historiográfica y usos del pasado

Denise Reyna Berrotarán

### Introducción

Monseñor Pablo Cabrera (1857-1936) fue un sacerdote-historiador de Córdoba de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Su reconocimiento en la historia de la provincia se debe a las diversas facetas que desempeñó a lo largo de su vida: su rol como historiador, su oratoria en la “cátedra sagrada”, su labor como sacerdote parroquial, entre otras. En esta oportunidad nos concentraremos solo en una de las facetas: la de historiador. Su relevancia en la historiografía de Córdoba reside, según nuestra hipótesis, en la instauración de una corriente historiográfica consagrada en la creación del primer Instituto de Historia de Córdoba: el Instituto de Estudios Americanistas (1936) (IEA). Este se creó en su homenaje, después de su muerte, y lo consolidó como historiador reconocido académica y socialmente.

Por consiguiente, este trabajo tendrá como objetivo analizar la obra historiográfica de Monseñor Pablo Cabrera y su lugar en la historia de la historiografía de Córdoba. Como principal fuente documental tomaremos sus obras elegidas para reeditar por la Imprenta de la Universidad a comienzos de la década del 30. Esta selección no es azarosa y responde a las obras históricas neurálgicas de Cabrera, y también a ciertas corrientes ideológicas que están teniendo cada vez más difusión en Latinoamérica. De esta manera, analizaremos los usos del pasado que hace Cabrera y cómo, a través de la historia, interviene sobre su presente.

## Contexto de principios del siglo XX

Desde principios del siglo XX se asiste a un proceso de fusión –muy debatido por la historiografía– de la Iglesia, la “nación” y el Estado. Esto se dio luego de tiempos de claras divisiones en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, como por ejemplo cuando se rompen las relaciones con el papado. El denominado nacionalismo católico nació como consecuencia de un profundo proceso de crisis identitaria que estaba sufriendo la sociedad argentina. Esta crisis se produjo por el efecto de desarraigo que provocó la inmigración y las nuevas costumbres traídas por ellos.

Particularmente a partir de 1930, el acercamiento entre Iglesia y Ejército se consolidó en la búsqueda de una tradición y del retorno del “orden” (Zanatta, 1996: 33). El golpe del 30 presenció cambios y cuestionamientos a la democracia y el liberalismo. Para el caso analizado, hay que tener en cuenta la presencia clara de la Iglesia. Cabrera, nuestro objeto de estudio, incluso se manifestó a favor del golpe (Tcach, 2010: 186). Pero a esto último lo detallaremos más adelante.

Todo esto provocó una progresiva transformación social que llevó a que algunos grupos sociales –ciudadanos, intelectuales, hombres de política– aceptaran que la religión católica representaba el núcleo de la “nacionalidad” argentina. Para esto, se incorporó la simbología católica en las “liturgias patrióticas” como forma de forjar la nacionalidad.

Este nuevo vínculo generado entre “nación” y “catolicismo” obtuvo mayor organicidad y le permitió la articulación de una ideología de “reconquista” de la Iglesia y del mundo católico. Era necesario que se abandonara la orientación laica y materialista que había sido impresa en las instituciones y se volviese a los orígenes. La Argentina necesitaba una fuerza de cohesión que solo el catolicismo podía brindarle. Esto indefectiblemente ocasionó que algunos intelectuales y gente de la clase dirigente se empeñaran en la “construcción de una identidad nacional”. Aquí se comenzó a confundir el “argentinizar” con el “catolizar” a las sociedades. De esta manera, el viraje del catolicismo hacia el centro del “mito nacional argentino” le dio a la Iglesia la tutela de la “nacionalidad” que la colocó en el centro de la vida política nacional (Di Stefano y Zanatta, 2000: 415-416).

Aquí debemos detenernos a recapitular las corrientes de pensamiento que influenciaron

a Cabrera en sus trabajos históricos y los correspondientes vínculos que se generaron como consecuencia. El sentimiento de una identidad desdibujada por el aluvión inmigratorio en la Argentina y repensada con motivo de la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo generó –sobre todo de la mano de los intelectuales<sup>1</sup>– una búsqueda por restablecer la verdadera identidad nacional, logrando amalgamar las viejas tradiciones a los nuevos pobladores llegados. El “ser argentino” debía ser reformulado y debía generar a los inmigrantes un sentimiento de pertenencia para el desarrollo del país.

Consecuentemente, comenzó a principios del siglo XX un proceso de búsqueda de las raíces de las sociedades de distintas regiones americanas. Una de estas corrientes se desarrolló como la reivindicación de los orígenes en los distintos pueblos existentes a la llegada de los españoles. La emergencia de estos estudios llevó a múltiples intelectuales de relevancia internacional a investigar a pueblos como los Quilmes, Calchaquíes, Diaguitas, Lules, etc. Estos estudios conjugaron análisis lingüísticos, filológicos, antropológicos, arqueológicos, etnográficos, etnológicos, toponímicos, etno-geográficos, etc. e intentaron restablecer los lugares originarios de ciertos pueblos, sus verdaderas toponimias –distinguiéndolas de las asignadas por los españoles– sus verdaderas y originarias ubicaciones espaciales, entre otras cuestiones.

De esta demanda por la construcción de una historia que inscribiera las tradiciones de nuestra nación argentina reafirmando las identidades del presente, surgió otra corriente que, teniendo en cuenta las lecturas del pasado colonial que realiza Cabrera, resulta clave desarrollar: la corriente hispanista<sup>2</sup>. Se considera que esta comenzó, como determinación cronológica, con la publicación de la obra de Enrique Rodó en 1900, “Ariel”. Este fue calificado como el hito de inicio de una corriente político-intelectual latinoamericana que marcó la construcción del conocimiento de principios del siglo XX. Esta obra sentaba las bases de un pensamiento con una identidad de carácter latinoamericano y reivindicaba la importancia de la cultura hispana en América, la cual debía ser resaltada como un vínculo identitario común.

Esto venía de la mano de un debate que estaba teniendo lugar entre los intelectuales en España sobre su propia identidad –como consecuencia de la pérdida de su última colonia en América, Cuba en 1898 (Echeverría, 2009)–. Allí se presentaron dos tendencias: una que rescataba el valor del pasado, con una fuerte impronta católica y que se convirtió en un mo-

vimiento tradicionalista, y otra más crítica y científica. Para el primer grupo, la revalorización histórica de la “Edad de Oro” fue una estrategia de legitimación clave que manifestó que la nación era una actitud, una moral y un espíritu. La misión evangelizadora española, entonces, era la gran obra que había dado España al mundo (Echeverría, 2009: 16-17). Todas estas ideas fueron llegando a América a partir del contacto entre intelectuales españoles y americanos y se fue asentando, sobre todo, en aquellas sociedades que tenían una fuerte vinculación con la Iglesia y con el pasado colonial –como fue el caso cordobés–.

Todo lo anteriormente descripto marcó los trabajos de Monseñor Pablo Cabrera. Sus obras históricas se vieron teñidas del hispanismo y de la búsqueda por unificar la idea de identidad nacional argentina con el “ser católico”. A continuación realizaremos una somera descripción sobre la faceta religiosa de Cabrera para luego profundizar su faceta como sacerdote-historiador.

### **Para una comprensión más integral: el Cabrera sacerdote**

Monseñor Pablo Cabrera –1857-1936– fue un sacerdote-historiador que tuvo gran influencia en los estudios sobre el pasado colonial en la Argentina –sobre todo de la región de Córdoba– y que fue considerado en su época un intelectual de relevancia. Su filiación con la Iglesia Católica –se ordena como presbítero en el seminario Conciliar de Loreto de Córdoba en 1883– le dio a sus estudios un tinte reivindicativo religioso. Cabrera se destacó en distintos ámbitos. En su trayectoria religiosa se vio fuertemente marcado por el Papa León XIII y algunas de sus encíclicas, entre las que destacamos la de *Rerum Novarum*<sup>3</sup>. Podemos subrayar algunos espacios fundamentales en donde apareció Cabrera como sacerdote destacado: en primer lugar, trabajó como “sacerdote del púlpito”; en segundo lugar, participó en la creación de distintos espacios actualmente tradicionales de la Iglesia Católica cordobesa; y, por último, se desempeñó como capellán en dos iglesias.

Como primer espacio de reconocimiento religioso, Cabrera se dedicó a la “cátedra sagrada”<sup>4</sup>. Su carrera como “orador sagrado” consolidó su lugar como miembro de la Iglesia con una voz que representaba a la sociedad –sobre todo en los círculos católicos– y la jerarquía

eclesiástica. Esto lo ubicó en el espacio público y le mereció un gran reconocimiento. En un proceso de cambios poblacionales, culturales e identitarios muy notorio a principios del siglo XX en la Argentina, para los grupos católicos la “oratoria sagrada” se convirtió en una forma de contención y “unión”. Fueron sus sermones los que le otorgaron un reconocimiento como “sacerdote del púlpito”. Esta actividad perduró hasta los primeros años del siglo XX aproximadamente, donde abandonó la “cátedra sagrada” para dedicarse a los estudios históricos. Su punto de consagración fue el Te Deum de los Pactos de Mayo<sup>5</sup>. Sin embargo, esta actividad se vio interrumpida por problemas vocales, como le comentó a Nices-Lotus en una entrevista en 1933: “Mi propia decisión. Esa misión tan noble y tan grande había llegado a absorber mi tiempo completamente (...) Una faringitis me sirvió de pretexto, pero como Usted sabe todavía ahora puedo hacerme oír”<sup>6</sup>.

Como segundo espacio de reconocimiento religioso, Cabrera promovió la fundación de dos lugares que hoy resultan tradicionales para los grupos católicos de Córdoba. Por una parte, fue uno de los promotores de la venida de los salesianos a Córdoba –denominados cooperadores–, hecho concretado en 1905 con la fundación de la Iglesia María Auxiliadora, a la que posteriormente se le anexó el colegio Pío X (Moretti, 2014). Por otro lado, aunque no hemos podido trabajar en profundidad este aspecto, participó en la creación de la Cárcel de las Hermanas del Buen Pastor<sup>7</sup>.

Como tercer y último espacio de reconocimiento religioso, se encuentra su permanencia como capellán en dos iglesias a lo largo de su vida: desde 1884 hasta 1896 fue capellán de las Esclavas del Corazón de Jesús. A partir de 1896 y hasta 1929 estuvo en el Curato de Pilar (Vera Correa, 1988). Su permanencia en ambos espacios marcó un signo de continuidad en su trayectoria. Su perdurabilidad le valió el reconocimiento de feligreses y religiosos que se vincularon con él.

## **Cabrera y su trabajo historiográfico**

Ahora bien, nos detengamos en la trayectoria de Monseñor Pablo Cabrera que tendrá más peso en este artículo: su labor como sacerdote-historiador. La obra de Cabrera ha sido de suma

importancia para la disciplina histórica en Córdoba. La reconstrucción de la etapa colonial cordobesa le valió un reconocimiento que aún hoy se sostiene. Al día de hoy se siguen consultando obras realizadas por él en distintos espacios de formación e investigación. A continuación iremos analizando los distintos pasos que fue dando en su formación como historiador.

## **El Cabrera coleccionista**

Pablo Cabrera siempre fue un colector de documentos. Su interés por la recolección de todo tipo de registro material del pasado fue una primera fase en su faceta de historiador. Como coleccionista, se calcularon “en más de cuatrocientos mil pesos el valor de las antigüedades que poseyó Monseñor Cabrera y que el gobierno compró en 1925” (Furlong Cardiff, 1945: 45). A esta colección se le suma el resto que permaneció en su poder hasta su muerte: parte fue donada al Instituto de Estudios Americanistas –70.000 folios de documentación– y el resto fue vendida. Para Cabrera la recopilación de todo tipo de documentos y objetos fue clave a lo largo de toda su vida.

Su trabajo de archivo tuvo como temática central los estudios históricos coloniales. Sus investigaciones se centraron en el período colonial de la región de Córdoba –también se encuentran estudios sobre la etnología diaguita, entre otros–. Además realizó investigaciones sobre el período independentista. Sin embargo, su reconocimiento nacional e internacional responde a los avances realizados en materia etnológica, lingüística, toponímica e histórica de la región antes mencionada durante la época colonial. Sus métodos etnológicos y etnográficos, influenciados por métodos de investigación europeos, además del intenso trabajo documental junto a un trabajo hermenéutico, lo consagraron como un intelectual de renombre a nivel nacional hacia 1910 –los reconocimientos internacionales tendrían lugar de manera más notoria recién a partir 1920–.

Su trabajo en los archivos fue confirmado por sus coetáneos. Principalmente se lo encontraba en el Archivo de Tribunales y, en segundo lugar, en el Archivo de la Universidad (Furlong Cardiff, 1945: 46). Por esto la UNC lo nombró “Colector de Documentos” en noviembre de 1911. En 1916 se creó el puesto de Jefe de Manuscritos en el que rescató docu-

mentos sobre los primeros doctorados en la Universidad de Córdoba. Según Furlong Cardiff, fue a partir de este cargo que ideó y orientó la publicación de la Biblioteca del Tercer Centenario. Se podría discutir esta afirmación ya que las fuentes indicarían que quien hizo las gestiones fue Enrique Martínez Paz. De cualquier manera, esto no sería un impedimento a que Cabrera ideara esta colección.

Esta publicación duró entre 1916 y 1917 y la realizó junto a su principal discípulo Enrique Martínez Paz<sup>8</sup>. Llegó a editar cinco obras desde 1916 hasta 1918, fecha en la que se vio interrumpida por los sucesos de la Reforma Universitaria. Cabrera publicó variados artículos entre los que encontramos “Acta de Fundación de la Ciudad del Tucumán”, “Ensayo sobre la fundación de Córdoba”, “La amonedación en Córdoba”, “Trejo y su obra. A propósito de una publicación adversa a entrambos”, etc. La Revista contenía un apartado para “documentos inéditos, particularmente de interés histórico y universitario”, ya que se buscaba que los documentos “esclarecieran la verdad y la exactitud” en desmedro del género literario:

Para Martínez Paz la colección y el ordenado de documentos debía dejar de estar en manos de “eruditos y anticuarios” para pasar a manos de “hombres de ciencia”. Ese rol fundamental para el desarrollo científico de las ciencias del hombre según Martínez Paz, lo ocupaba Cabrera (Zabala, 2010: 209).

Esta Biblioteca recopiló y publicó documentos universitarios, además de realizar artículos históricos donde trabajaban hermenéuticamente estos documentos. Martínez Paz manifiesta su admiración por Cabrera desde el inicio y será esta o que ambos estaban interesados en investigaciones sobre Córdoba y su búsqueda de una verdad respaldada en documentos y, por lo tanto, científica, lo que los llevó a su cercanía y trabajo hasta la muerte de Cabrera. Esta admiración se revela en las fuentes y sobre todo en homenajes a Cabrera, donde Martínez es, casi siempre, orador<sup>9</sup>.

## Cabrera el “sabio” historiador

Ahora bien, si bien Cabrera fue un coleccionista toda su vida, a partir de 1910 se robusteció su faceta como historiador. Sus estudios históricos le valieron el reconocimiento de múltiples intelectuales y la relevancia de sus obras históricas se marcó con la reedición de estas en la década de 1930 por la Imprenta de la Universidad. Estas son las obras que han llegado a nuestras manos. No tenemos noticia de la mayoría de las primeras ediciones por lo que no hemos podido consultar las versiones originales. La política de reedición de las obras de Cabrera ha sido la que posibilitó que hoy se tenga al alcance varias obras de él en diferentes bibliotecas y archivos de Córdoba. La decisión de reeditarlas se dio, según nuestra hipótesis, por la presencia de grupos católicos dirigentes de la Universidad y el contexto político de alianza entre el gobierno y la Iglesia. Las obras de Cabrera mostraban continuidad y líneas de tradición universitaria. El hispanismo católico de los 30 en Córdoba revindicó y homenajeó su obra a través de esta reedición.

En un paréntesis explicativo, es fundamental tener presente que Pablo Cabrera, a través de la Historia y sus intervenciones sobre el pasado actuaba sobre su presente político. Su manifestación pública a favor del golpe de 1930 –“Cuenta la crónica periodística que el presbítero Antonio Buteler “vivió entusiastamente” al ejército y que Monseñor Pablo Cabrera “vertió lágrimas de emoción y de entusiasmo” (Tcach, 2010: 186)– lo convirtió en un defensor de la Iglesia desde la Universidad. Esta adhesión llevó a que sus últimos años de vida se llenaran de tributos y eventos reivindicativos de su obra, como por ejemplo, la reedición de sus obras completas por la Universidad.

Ahora bien, para entender a este sacerdote-historiador es clave revisar qué lecturas previas realizaba. En la entrevista antes mencionada de Nice-Lottus, Cabrera contaba su interés por la lectura del *Martín Fierro*. Por lo que cuenta en la entrevista, parecería que este fue un libro de cabecera durante su adolescencia:

Aprendí muchas cosas del campo, refranes, milongas, modales que me sirvieron más tarde para una más acertada interpretación de nuestro medio histórico. Leí mucho, sobre todo versos gauchescos. No soltaba mi *Martín Fierro*, y hasta hice otro larguísimo.

Por otro lado, si bien no hemos encontrado documentación respecto a lecturas de Domingo Faustino Sarmiento, a lo largo de su obra histórica se ven las influencias de la corriente ideológica traída por Sarmiento a la Argentina en la que se planteaba la división de la sociedad en dos: los civilizados y los bárbaros. Esta antinomia fue utilizada de manera reiterada a lo largo de su obra. En sus discursos durante la cátedra sagrada ya presentaba esta idea de división y de evolución de las sociedades a la civilización. Cabrera consideraba que quien había traído la civilización a América era la Iglesia católica en su “cruzada evangelizadora”.

Por último, podemos destacar la entrevista que Cabrera tuvo con Bartolomé Mitre. En ella compartieron su afición a la etnología y la lingüística (Furlong Cardiff, 1945). Como veremos más adelante, Cabrera fue un seguidor del método de erudición documental de Mitre. Ahora bien, en relación a las lecturas respecto a sus temas de investigación coloniales, Cabrera fue un gran admirador de Augusto Honorato Lognon. Esto lo afirma Enrique Martínez Paz en el discurso de entrega del título honorífico “Doctor Honoris Causa” a Cabrera. Según Martínez Paz, todo el trabajo en archivos le permitió a Cabrera realizar avances en la lingüística americana y en la toponimia de las regiones y sus lenguas nativas. Este método era tomado de –esto lo dice Martínez Paz y lo repite Cabrera en su contestación– Augusto Honorato Lognon, quien creó y aplicó la misma metodología en Francia. Sin embargo, su aplicabilidad en las regiones del Tucumán y sus particularidades le permitió a Martínez Paz afirmar que Cabrera fundó un método<sup>10</sup>.

Además Cabrera manifestó en sus obras la influencia de Eric Boman, Lafone Quevedo y Alfredo Trombetti. Todos fueron citados por Cabrera en una de sus primeras obras históricas: “Ensayos sobre etnología Argentina (Primera Serie). Tomo I Los Lules”. Para Cabrera, Lafone Quevedo era su “Ananías en este linaje de investigación”. A Trombetti lo denomina “glotólogo” –sinónimo de lingüística–. En todos los casos Cabrera manifestó haber sido influenciado por sus lecturas. Esta breve síntesis de las lecturas realizadas por Cabrera y la comunicación con otros intelectuales especialistas de los mismos temas que él nos muestran su pertenencia a las redes intelectuales del momento y su interés por desenvolverse en esos ámbitos y sus debates. Llegados a este punto consideramos crucial, a partir de la lectura de sus obras, caracterizar sus trabajos históricos.

## Caracterización metodológica de sus trabajos

En primer lugar y como ya adelantábamos, su objeto de estudio fue la etapa colonial en la región de Córdoba. Este fue el tema central, si bien también hizo estudios sobre algunos períodos independentistas y sobre la Universidad de Córdoba –sobre todo su fundación y la etapa en la que estaba bajo la gestión de los jesuitas–. En segundo lugar, su método de trabajo histórico constaba de dos partes: una primera en la que se realizaba una recopilación documental. Algunos de estos documentos muchas veces eran transcritos por Cabrera en sus obras, para comprobar la veracidad de su trabajo científico. En un segundo momento, Cabrera realizaba una interpretación de los documentos. Para Cabrera, el análisis hermenéutico del documento le brindaba riqueza a la obra histórica. Sin embargo, para que el lector pudiera realizar su propia interpretación, Cabrera transcribía la fuente interpretada:

He considerado conveniente apartarme de un método fácil que, so pretexto de fidelidad, se limita a la reproducción del documento y a sumarle los enlaces indispensables para que resulte inteligible. La exigencia de objetividad no implica, a mi modo de ver, el sacrificio del propio pensamiento y sería pueril la creencia de que en algún dominio de la especulación científica se pueda suprimir totalmente la parte subjetiva. La objetividad, como yo la entiendo, consiste en partir del hecho documentado, pero no en la supresión del elemento personal y vivo, que constituye el nervio de toda creación humana (Cabrera, 1927).

La visión histórica de Cabrera ya no hunde sus raíces en el historicismo rankeano o el acopio documental mitrista, si bien tomó algunas cuestiones centrales. Cabrera reconoció la existencia de la subjetividad histórica y su importancia en la escritura de la historia. De esta manera, Cabrera se acercaba a un estilo historiográfico renovador muy similar al que marcaron distintas corrientes historiográficas nacionales y mundiales durante la primera mitad del siglo XX.

En tercer lugar, Cabrera fue considerado tanto un historiador como un etnógrafo, etnólogo, estudioso de la lingüística y la toponimia de Córdoba. En esa época se los denominaba “americanistas”, categoría que englobaba todas las disciplinas antes mencionadas. Los enfoques de sus obras, así como las de sus coetáneos, tenían una perspectiva multidisciplinar. Esto

se debe a que los límites marcados entre estas disciplinas se fueron definiendo más adelante en el tiempo. La razón por la que decidimos considerar que son obras históricas reside en que su método de trabajo y sus análisis se ubican en el tiempo pasado. Cabrera partía de un análisis histórico en el cual profundizaba en cuestiones de lingüística, etnología, toponimia, etc. El análisis documental, la interpretación hermenéutica de los documentos y su reconocimiento de ello son parte de la matriz de investigación en la disciplina histórica.

En un paréntesis explicativo, es importante destacar que este artículo es un fragmento de un trabajo de investigación macro concentrado en el estudio integral de Monseñor Pablo Cabrera. En esta investigación se decidió delimitar a Cabrera como un “sacerdote-historiador”. Acabamos de explicar el porqué de su “ser historiador”, pero, para una comprensión integral de este agente, es crucial explicitar brevemente el porqué de esta delimitación. Cabrera debe ser pensado como un sacerdote. No es un sacerdote e historiador. Pensarlo solo como sacerdote desdibujaría todas sus investigaciones y aportes a la historia, etnología, lingüística, y otros espacios de intelectualidad. Pensarlo solo como historiador sin vincularlo a sus creencias religiosas y fuertes vínculos con la Iglesia católica le quitaría el *leitmotiv* de su escritura de la historia, que se vislumbró en cada uno de sus textos: el uso de la historia para la reivindicación de un pasado (y presente) religioso. Las lecturas de sus escritos muestran un historiador comprometido con las líneas doctrinales que atravesaba la Iglesia en los distintos contextos. Es real que en algunas etapas de su vida esto se ve más claro que en otras, pero siempre estuvo presente. Por consiguiente sus obras históricas se vieron atravesadas por la Iglesia católica. Desarrollaremos el uso del pasado que hizo Cabrera a la historia en el siguiente apartado.

Retornando al análisis metodológico de sus obras, consideramos relevante reflexionar respecto a la concepción que tuvo de las fuentes. Cabrera coleccionaba todo aquello que era una reliquia del pasado. Esto no se ceñía a documentos escritos sino elementos materiales que compraba o recibía como donación. Este es el caso de estatuas, obras de arte, jarrones, mapas y croquis, entre otras cosas. Si bien sus trabajos históricos no hacían mayores menciones de fuentes que no sean escritas o mapas, su legado documental incluía todo este tipo de fuentes.

Este breve análisis realizado sobre las formas en que Cabrera trabajó y escribió la historia se basa en un análisis de la mayoría de sus obras escritas. A continuación desarrollaremos qué

usos hacía de ese pasado que estaba trabajando, donde aparecía el propio Cabrera en sus relatos del pasado colonial.

## Usos del pasado en su obra historiográfica

A partir de todo el recorrido realizado podemos detenernos en el uso que hizo Cabrera de un pasado investigado por él. Ante el contexto hispanista y la pugna por la hegemonía cultural, el estudio del período colonial fue una de las respuestas que dio la Iglesia. Los sacerdotes fueron vedados a participar de manera directa en la política del momento. En 1915 el obispo de Córdoba, Zenón Bustos y Ferreyra, prohibió la participación del clero cordobés en la vida política ya que consideraba que el sacerdote debía limitarse al servicio a Dios y a la Iglesia de manera exclusiva, mientras el laico se dedicaba a la actividad política (Gallardo, 2009: 333). Esto llevó a que los miembros de la jerarquía eclesiástica buscaran otros espacios para socializar políticamente. El púlpito, las homilias, los periódicos, la labor intelectual, la educación primaria, entre otros, fueron espacios de difusión de la política eclesial. Cabrera participó en todos en defensa de la Iglesia católica. Su lugar como católico lo acercaba, siguiendo a Ansaldi (1997), a promover lo sagrado en contra de lo profano. La “modernización provinciana” que se estaba dando en Córdoba, a través de la ciencia desacralizada, implicó una alerta para la Iglesia católica y sus intelectuales orgánicos –como era el caso de Cabrera–. Al defenderse el conocimiento sacro, las instituciones eclesiales quedaban desdibujadas de los marcos culturales y políticos, ante la desaparición del “imaginario tradicionalista” muchas veces asociado, en Córdoba, al catolicismo (Ansaldi, 1997: 5). A su vez, la misma ruptura en las elites de Córdoba (Tcach, 2004: 12) significó la búsqueda de apoyo y defensa de la Iglesia que, en el caso de Cabrera, fue realizado a través de la historia de la colonia y su evangelización.

En sus obras históricas, la perspectiva de Cabrera se basaba en términos conceptuales como civilización-barbarie. Estos lo llevaron a plantear el proceso de evangelización religiosa como gesta civilizadora y necesaria para el desarrollo de nuestra historia nacional pensada en términos evolucionistas. Este tipo de perspectiva, implícita o explícitamente defensora de una facción, permitió tejer diversas relaciones intelectuales (Reyna Berrotarán, 2011).

Ante esto, una obra cabreriana que expone de manera más que clara –con solo echarle un vistazo a su título se percibe– la forma en que la historia legitimó la nacionalidad y cómo este nacionalismo católico estuvo vinculado con el ensalzamiento de la Iglesia, fue *“Introducción a la Historia Eclesiástica del Tucumán”*. Esta obra, re-editada en 1934, fue escrita por Cabrera e intentaba hacer una exposición basada en fuentes documentales de la obra de la Iglesia durante los comienzos de la conquista española. Es por esto que Cabrera inició el nombre de esta obra con “Introducción” ya que la misma estaba delimitada temporalmente entre 1535 y 1590. Afirmaba que la idea era que otros investigadores prosiguieran su obra para que se lograra una historia más completa y acabada del rol de la evangelización de la Iglesia durante la era hispana. En el Proemio, Monseñor Cabrera afirmaba que él iba a continuar y completar la obra del obispo del Paraná, Monseñor Bazán, quien había escrito ya en 1915 un libro llamado *“Nociones de la Historia Eclesiástica Argentina”*. Sobre esta obra Cabrera comentaba:

(...) ya que del punto de vista religioso, venía él a llenar un vacío, una necesidad premiosa, fundamental, en el proceso de nuestros estudios, cuyo reparo se imponía tanto más imperiosamente cuanto se trataba de un pueblo de las raigambres étnicas e históricas del nuestro, (...) la armonía, la concordia que ha mediado siempre, poco menos que de una manera ininterrumpida, perdurable entre estas dos entidades augustas, la Religión y la Patria, la Iglesia y el Estado (Cabrera, 1934a: 7-8).

A lo largo de la obra, Cabrera va esclareciendo algunas críticas que la “leyenda negra” le atribuía a la etapa colonial. Por ejemplo, exponía que tanto la Cruz como la Espada debían actuar juntas para el logro de la colosal tarea, es decir, de la *“estupenda cruzada”* de la conquista española, como él mismo la llamó (Cabrera, 1934a: 15). Aquí también recurrió a términos sarmientinos de la civilización y la barbarie considerando que la Iglesia trajo la civilización, única manera de *“domar a estas fieras”*. Ante esto, afirma que otras obras de él, como lo fueron *“Tiempos y campos heroicos”*, *“Los aborígenes del Cuyo”* y *“Conquista espiritual del Desierto”* desarrollaban aún más esta confrontación entre la civilización y la barbarie. En la última obra que mencionamos, por ejemplo, vale la pena citar cómo él consideraba que esta era un aporte para la consecución de la identidad nacional: *“Tales noticias nos harán más interesantes estos*

*lugares de tanta prosperidad y natural encanto y contribuirán no poco a ensanchar en nosotros el conocimiento de nuestra historia nacional”* (Cabrera, 1934b: 4).

A este respecto para Néstor Auza (1999), Cabrera –y añade a Furlong Cardiff– tuvo el especial mérito de haber trabajado desde su oficio la preocupación por las cuestiones religiosas e integrarlo en sus enfoques como historiador. Consideramos que, particularmente para Cabrera, las intervenciones que realizaba sobre su pasado intentaban legitimar su presente. El análisis de la colonia y el rol central de la Iglesia en la evangelización eran la base de la argentinidad y, por consiguiente, a las raíces de la nacionalidad se unían las raíces de la Iglesia en América. De esta manera, Cabrera buscaba disipar la “leyenda negra” en favor de la “leyenda rosa” de la conquista de América.

Si bien en este trabajo nos hemos centrado en las obras históricas de Cabrera, también realizó intervenciones en favor de la Iglesia en periódicos locales y nacionales, en debates académicos, entre otros espacios. Su lugar como actor político estuvo presente y los diversos grupos católicos reconocían a Cabrera como un agente cultural de peso. Su lugar en la Iglesia católica y su participación pública a través de argumentaciones basadas en el pasado fue llevando al surgimiento primigenio, junto a otros sacerdotes y laicos, de los “Intelectuales de la Iglesia”.

## **Proceso de Institucionalización de la Historia<sup>11</sup>**

La Reforma Universitaria de 1918 fue un acontecimiento clave para comprender los cambios y también las continuidades, de coexistencia y tensiones entre distintas tradiciones: liberal, hispanista-católica, reformista. En década del 30 se advierte que los grupos dominantes de la UNC seguían siendo los mismos que antecedieron a la Reforma a pesar de que algunos reformistas accedieran a estos cargos. Estas elites universitarias tenían, a su vez, muchas vinculaciones con los grupos de poder cordobés y nacional. Desde esos lugares del poder se fue gestando un proceso de institucionalización y posterior profesionalización de la disciplina histórica.

Las líneas metodológicas de Cabrera parecerían haber iniciado una corriente historiográfica. Esto se fue concretando en un proceso de institucionalización de la Historia. Su forma

de trabajo heurística y hermenéutica fue seguida por historiadores cordobeses y respondía, a su vez, a los trabajos iniciados por Mitre. En 1924 fundó y presidió una Junta de Estudios Históricos que se disolvió sin publicaciones y escasos registros documentales. En 1928 se creó la primera filial de la Junta de Historia y Numismática Americana promovida por Ricardo Levene. Cabrera presidió esta junta pero no logró sostenerse en el tiempo y tampoco dejó registros de publicaciones en Córdoba.

Todo este proceso historiográfico previo de recolección documental, publicación y análisis hermenéutico fue necesario para que fuera posible la instancia de creación de una institución que materializara el proceso de institucionalización de la historia en Córdoba. Cabrera emergió como el principal promotor de este proceso gracias a los pasos previos descriptos en su trayectoria personal como investigador y en su formación de otros intelectuales como, por ejemplo, el caso de Martínez Paz. Una vez que las bases de la práctica historiográfica en Córdoba estuvieron asentadas, el siguiente paso fue la institucionalización de la historia.

Una muestra evidente de toda esta etapa es la entrega del título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba en 1928 por su trabajo como historiador y formador en la casa de estudios. Así como en su trayectoria religiosa Cabrera se consagró con la designación de “Monseñor” —otorgado por la Santa Sede en 1908 gracias a su gran labor religiosa (Vera Correa, 1988)—, en su trayectoria intelectual su consagración fue la entrega del Título de Doctor Honoris Causa. La elección realizada por un grupo de integrantes distinguidos de la Universidad se realizaba pensando en que el candidato a homenajear debía estar dotado y representar los valores centrales para el sustento de un determinado modelo de universidad y sociedad (Escudero y Philp, 2013: 211). De esta manera, la elección de un candidato al título de Doctor Honoris Causa se presentaba como una práctica social que permite observar el escenario, los protagonistas involucrados, las instituciones y las dinámicas sociopolíticas que la interpelan.

Cabrera va a ser uno de los homenajeados de esta lista honorífica de la Universidad. Se le otorgará este título luego de una trayectoria académica e intelectual que tuvo como punto de consagración y culminación la entrega de este título honorífico. A esto se le suma que, para quien tributó el homenaje, Enrique Martínez Paz, marcó un momento clave en su carrera

académica e historiográfica. En su discurso se posicionará como el sucesor de Cabrera, aunque esto significó ciertas rupturas historiográficas. Cabrera en su contestación lo confirmó y, de este modo, Martínez Paz se terminó de ubicar como uno de los protagonistas de las genealogías intelectuales de la historiografía cordobesa.

El acto constó del discurso realizado por Enrique Martínez Paz y la contestación a este por Cabrera. El fácil acceso a estos discursos se debe a que fueron publicados por la Imprenta de la Universidad en 1928, además de que fue difundida su transcripción íntegra en periódicos del momento<sup>12</sup>. La publicación por varios medios indica la importancia que revistió el acto para la Universidad y la sociedad. Su circulación sirvió no solo para anotar a la sociedad del acontecimiento *per se* sino también para propagar ciertos ideales y valores que promulgó. Además, Cabrera era un ejemplo de continuidad en el tiempo, en una época reciente de mucha convulsión en la Universidad.

Cabrera trabajó en los claustros universitarios casi toda su vida. Es por esto que la entrega que le hace el rector y sus palabras resaltaron su trabajo en tanto reflejaba a la Universidad y su propia historia. Nos referimos a una universidad que desde fines del siglo XIX (Reforma mediante) había mutado considerablemente y necesitaba ciertos protagonistas que mostraran su continuidad. La entrega del Doctor Honoris Causa era una forma de generar conciencia de la tradición de la Universidad. Toda la trayectoria de Cabrera en la Universidad llevó a que, como ellos dicen, se considere “justa” la entrega del título. De esta forma, se lograban dos objetivos: saldar una deuda simbólica de la Universidad con Cabrera y mostrar la tradición y la continuidad de los valores de la UNC.

El mismo homenaje consagraba como sucesor en la historiografía cordobesa de la etapa cabreriana a Enrique Martínez Paz. Si bien ambos venían recorriendo un camino de producción y erudición que les significó el reconocimiento público, todavía Martínez Paz no gozaba del reconocimiento que Cabrera mantenía. Este homenaje consagró su posición en los campos sociales e intelectuales y fue el acto en el que las riendas de la disciplina histórica pasaron a manos de Martínez Paz. El proceso de institucionalización de la historia iniciado por Cabrera lo concluyó Martínez Paz en los años 30. Este acto fue el momento de consolidación de su carrera y comenzó una etapa de mucha preponderancia.

## El legado historiográfico cabreriano

La muerte de Cabrera tomó relevancia a partir de lo que trajo aparejado la creación del Instituto de Estudios Americanistas en 1936, dado que Cabrera le encomendó a su amigo y entonces rector de la Universidad, Sofanor Novillo Corvalán, “*buscar un sucesor o los sucesores de su trabajo*”<sup>13</sup>. El rector decidió, en acuerdo con otros intelectuales como Enrique Martínez Paz, Raúl A. Orgaz, etc., la creación de un instituto que diera continuidad a su obra y que permitiera la profundización y estudio de los documentos legados por Cabrera.

La creación del IEA se inscribe en un movimiento de institucionalización a nivel nacional pero que tuvo sus propias periodizaciones a nivel regional y/o de las provincias. La creación del Instituto de Estudios Americanistas en 1936 fue un hito en la historiografía cordobesa que determinó un proceso de institucionalización de la historia que se sostuvo en el tiempo y que permitió su profesionalización a futuro. Este fue el hecho que marcó la transición de historiadores autodidactas a profesionales (Bauer, 2007: 8).

Sin embargo, esto no quiere decir que los trabajos históricos realizados previamente al IEA no tuvieran renombre y no fueran reconocidos a nivel nacional e incluso internacional. La fundación del IEA fue consecuencia del proceso de institucionalización de la disciplina histórica y la instauración de bases metodológicas sólidas realizada por Cabrera que regirían la historia de Córdoba. A su vez, fue una forma de reafirmación ante el desarrollo del revisionismo como práctica historiográfica naciente en toda la Argentina.

Consideramos que este homenaje puede ser visto primordialmente como una búsqueda de dar continuidad a dos propuestas que atañen a lo metodológico en la investigación histórica y que tuvieron como principal ejecutor a Martínez Paz. Estos fueron el trabajo heurístico y hermenéutico analizado previamente; y la continuación de los estudios de historia social<sup>14</sup>, fundamentalmente –y esto sería consecuencia de los documentos y fuentes disponibles y legados por Cabrera– historia colonial y primeros gobiernos patrios.

## Reflexiones finales

A partir de todo el recorrido de la obra de Pablo Cabrera como historiador, podemos concluir que su trabajo historiográfico marcó la disciplina histórica en Córdoba. El proceso de crecimiento de Cabrera como historiador fue determinando su forma de trabajo histórica. Su fase de coleccionista afianzó su trabajo apegado a la erudición documental. Su fase de historiador marcó la escritura de sus obras. Todos estos procesos sumados al contexto que envolvía a Cabrera llevaron al surgimiento de obras históricas plagadas de intervenciones sobre el presente, que se debían a su lugar como actor político, público y académico. Cabrera nunca dejó de hacer usos del pasado investigado para reivindicar ciertos debates del presente. Leer entre líneas a Pablo Cabrera es vislumbrar su accionar político indirecto en tanto cura, “intelectual de la Iglesia” e “intelectual de provincia”.

Esta forma de trabajo histórica encontró su apogeo en la década del 30. Su consolidación gracias al grupo de discípulos que se formó a su alrededor se continuó a lo largo de todo el siglo XX. El IEA fue el centro de formación y de difusión del legado cabreriano. Este instituto se enfrentó a distintas pugnas: dentro de la IEA, y por fuera de la misma, con otras disciplinas. Estas disputas fueron marcando la impronta del Instituto, pero también provocaron ramificaciones como el Instituto de Folclore y la Junta Provincial de Historia. Podemos concluir, entonces, que la institucionalización y profesionalización de la Historia en Córdoba tuvo como uno de sus principales protagonistas a Monseñor Pablo Cabrera.

## Notas

<sup>1</sup> En este punto es importante aclarar que es difícil categorizar a los grupos que participaban en eventos académicos y culturales del momento, si bien muchos se manifestaron claramente en el Ejército y/o la Iglesia. Por ello, acordamos con la propuesta realizada por Ana Teresa Martínez (2013) que plantea que “los curas, maestros, dirigentes gremiales que escriben y actúan en el espacio público no son sólo intelectuales [...], sino que participan simultáneamente de otro campo, que los constituye en lo que son, y donde tienen intereses simbólicos simultáneos: el campo religioso, o católico, o gremial, con sus propias problemáticas y cosas en juego. No se trabaja de cura o de

maestro, se *es cura* o maestro [...] (2013: 179). A su vez, acordamos con su visión de “intelectual de provincia”. De este modo, Cabrera debe ser pensado como cura y como “intelectual de provincia” en donde su rol público está atravesado por un lugar específico que ocupa en la jerarquía eclesiástica.

<sup>2</sup> Cabe aclarar que no todos los intelectuales que investigaron la etapa colonial y los grupos indígenas fueron hispanistas. Existen grupos intelectuales llamados “indigenistas” que se opusieron a esta visión como es el caso de Andrés Figueroa. Véase el trabajo de Guzmán (2015).

<sup>3</sup> El avance de nuevas corrientes ideológicas anarquistas y socialistas a fines del siglo XIX que, entre otras cosas, cuestionaban el rol y dogma de la Iglesia católica, fue un signo de alerta para las altas jerarquías eclesiásticas que debieron dar respuesta a este proceso de modernización que se estaba dando a nivel mundial. En respuesta a esto el Papa León XIII (1878-1903) redactó la encíclica *Rerum Novarum* (1891) –“de las nuevas cosas”– en la que se planteaba un “camino distinto” a los fieles que vivía en esta modernidad que implicaba la “frivolidad” del materialismo y la “falsedad” doctrinaria del socialismo. Esta encíclica, como exponen Di Stefano y Zanatta (2000), manifestaba un período de “transición” de la Iglesia católica donde se buscaba adaptarse a las nuevas realidades, reformulando las viejas doctrinas discursivas tradicionales que se presentaron como principios que organizaban la nueva realidad social a la que el cristiano, cotidianamente, debía enfrentar. De hecho, esta encíclica articuló el accionar de la Iglesia católica durante el siglo XX.

<sup>4</sup> La “cátedra sagrada” ha tenido a lo largo de la historia un lugar central en la difusión de los distintos mensajes que la Iglesia buscaba hacer llegar a sus seguidores. Los oradores no solo se centraban en la explicación de relatos bíblicos o cuestiones puramente religiosas sino que muchas veces eran formas de difundir los “buenos comportamientos” ante distintos contextos que estaba viviendo la sociedad. Esto nos lleva a pensar que los “oradores sagrados” eran el resultado de un contexto y que sus alocuciones estaban mediadas por el contexto que los interpelaba. En este sentido coincidimos con Verónica Zaragoza quien, citando a Carlos Herrejón Peredo, considera al sermón como una manifestación cultural propia en tanto fenómeno histórico y género literario peculiar (Zaragoza, 2008: 20).

<sup>5</sup> Cabrera, Pablo (1902), Discurso “Paz y Fraternidad” del Sr. Pbro. Dr. Pablo Cabrera en el Te Deum de acción de gracias, 24 de agosto de 1902, Iglesia Catedral de Buenos Aires, Tipográfica y Enc. La Industrial-Constitución 65 al 80.

<sup>6</sup> *El Pueblo*, Periódico de Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

<sup>7</sup> Actualmente se ubica un centro turístico denominado “Paseo del Buen Pastor” ubicado en Barrio Nueva Córdoba de la ciudad. Véase Furlong Cardiff (1945).

<sup>8</sup> Enrique Martínez Paz –Córdoba, 1882-1952– fue un profesor universitario y magistrado judicial, egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, que fue miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana, académico de número de la posterior Academia Nacional de la Historia. Junto con I. Ruiz Moreno, dio un primer paso en la institucionalización de la disciplina sociológica, con la creación de la cátedra de Sociología en 1908. Diez años después, luego de la Reforma Universitaria –en la que Martínez Paz tuvo una par-

tipicación activa— abandonó la sociología para dedicarse a la historia, la filosofía del derecho y el derecho civil comparado. Para trabajos más completos sobre este intelectual véase Escudero (2013), Grisendi (2010).

<sup>9</sup> Algunos de estos: Martínez Paz, Enrique (1936): Elogio de Mons. Pablo Cabrera, Junta de Historia y Numismática Americana, Filial de Córdoba, Imprenta de la Universidad, Córdoba; Instituto de Estudios Americanistas (1937). Acto inaugural y antecedentes, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba: Imprenta de la Universidad; Prólogo del libro de Furlong Cardiff (1945).

<sup>10</sup> Pablo Cabrera, Doctor Honoris Causa: discurso pronunciado por el Doctor Enrique Martínez Paz en el acto académico celebrado el día 23 de junio, y contestación del señor presbítero Cabrera. Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1928, p. 14.

<sup>11</sup> Aspecto abordado con mayor profundidad en Reyna Berrotarán (2013 y 2011).

<sup>12</sup> *El País, La Tribuna y Los Principios*, Córdoba, 23 de junio de 1928. Estos tres periódicos eran leídos por grupos conservadores y católicos de Córdoba. Son estos sectores quienes siguieron y aprobaron los trabajos de Cabrera.

<sup>13</sup> Instituto de Estudios Americanistas (1937). Acto inaugural y antecedentes, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba: Imprenta de la Universidad.

<sup>14</sup> Retomo este concepto de historia social teniendo en cuenta el análisis de González Navarro realizado sobre las corrientes de historia social en la historiografía prehispánica y colonial de Córdoba. Para ella la historia social sería la que emergió en los años 60 influida por los aportes de la Primera y Segunda Generación de Annales y que tenía como rasgos la preocupación por fenómenos sociales, la influencia de otras disciplinas, la incorporación de nuevas fuentes, el estudio histórico de los grupos marginales, las sociedades ágrafas o bajo dominio colonial —como lo hizo Cabrera—, etc. Ver González Navarro (2002).

## Fuentes

*Resolución de creación de la Biblioteca del Tercer Centenario. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año 2, N° 5, julio de 1915.

*El País, La Tribuna y Los Principios*, Córdoba, 23 de junio de 1928.

*El Pueblo*, Periódico de Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

Cabrera, Pablo (1902). “Discurso “Paz y Fraternidad” del Sr. Pbro. Dr. Pablo Cabrera en el Te Deum de acción de gracias”, Iglesia Catedral de Buenos Aires, Tipográfica y Enc. La Industrial, 24 de agosto de 1902.

- Cabrera, Pablo (1911). *Cultura y beneficencia durante la colonia*. Córdoba: Est. Tipográfico de F. Domenici.
- Cabrera, Pablo (1927). *Tiempos y campos heroicos*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Cabrera, Pablo (1928). “Dr Honoris Causa: discurso pronunciado por el Doctor Enrique Martínez Paz en el acto académico celebrado el día 23 de junio, y contestación del señor presbítero Cabrera”. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Cabrera, Pablo (1929). *Los aborígenes del país de Cuyo*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Cabrera, Pablo (1931). *Córdoba del Tucumán prehispana y proto-histórica*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Cabrera, Pablo (1931). *Ensayos sobre etnología argentina*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Cabrera, Pablo (1933). *Córdoba de la Nueva Andalucía: noticias etno-geográficas e históricas acerca de la fundación*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Cabrera, Pablo (1934). *Introducción a la historia eclesiástica del Tucumán: 1535 a 1590*. Buenos Aires: Santa Catalina.
- Cabrera, Pablo (1934). *La conquista espiritual del desierto*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Furlong Cardiff, Guillermo (1945). *Monseñor Pablo Cabrera: su personalidad, su obra, su gloria*. Buenos Aires: Huarpes.
- Instituto de Estudios Americanistas (1937). *Acto inaugural y antecedentes*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba - Imprenta de la Universidad.
- Martínez Paz, Enrique (1936). *Elogio de Mons. Pablo Cabrera*. Córdoba: Junta de Historia y Numismática Americana, filial Córdoba.
- Vera Correa, Manuel Alejo (1988). *Monseñor Pablo Cabrera: homenaje a su memoria*. San Juan: Sanjuanina.

## Bibliografía

- Ansaldi, Waldo (1997). “Ritos y ceremonias sacras y laicas. Acerca de la sociabilidad cordobesa en los comienzos de la modernización provinciana”. *Anuario IEHS*, N°12: 249-267. Instituto de Estudios Histórico-Sociales “Prof. Juan C. Grosso”, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil.
- Auza, Néstor Tomás (1999). *La Iglesia Argentina*. Buenos Aires: Ciudad Argentina.
- Bauer, Francisco (2007). *La institucionalización de la Historia en Córdoba*. Córdoba: Cuadernos de ADIUC N° 7.
- Di Stefano, Roberto y Loris Zanatta (2000). *Historia de la Iglesia Argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Echeverría, Olga (2009). *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del Siglo XX*. Rosario: Prohistoria.
- Escudero, Eduardo (2013). “Democracia y federalismo: el lugar de Córdoba en la magna Historia de la Nación Argentina”. En L. Brezzo *et al.*, *Escribir la nación en las provincias* (pp. 25-52). Buenos Aires: IDEHESI-Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales del CONICET.
- Gallardo, Milagros (2009). “Iglesia, modernidad y cuestión social: la acción católica parroquial. Córdoba, Argentina (1905-1925)”. En B. Moreyra y S. Mallo (Comps.), *Pensar y construir los grupos sociales: Actores, prácticas y representaciones. Córdoba y Buenos Aires, siglos XVI-XX*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”.
- González Navarro, Constanza (2002). “La historia social en la historiografía prehispánica y colonial de la Provincia de Córdoba (1900-1960)”. En B. Moreyra (Comp.), *La escritura de la Historia. Una mirada sobre las prácticas y los discursos de los historiadores de Córdoba (Argentina)*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”.
- Grisendi, Ezequiel (2010). “Enrique Martínez Paz. La sociología entre la institución universitaria y las tradiciones intelectuales (1908-1918)”. En A.C. Agüero y D. García (Eds.),

- Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura.* La Plata: Al Margen.
- Guzmán, Héctor Daniel (2015). “La Revista del Archivo. La Red americanista en el NOA (1925-1930)”. Ponencia disertada en *XV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Comodoro Rivadavia.
- Martínez, Ana Teresa (2013). “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, (17): 169-180. Buenos Aires.
- Moretti, Nicolás (2014). *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905-1930.* Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”.
- Philp, Marta y Escudero, Eduardo (2013). “Dos doctores honoris causa de la Universidad Nacional de Córdoba: una lectura de los vínculos entre universidad y política”. En D. Saur y A. Servetto (Coords.), *Universidad Nacional de Córdoba. Cuatrocientos años de historia*, Tomo II (pp. 211-229). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Reyna Berrotarán, Denise (2011). “La Historia como herramienta de Legitimación de la Iglesia a principios del Siglo XX. El caso de Monseñor Pablo Cabrera”. En M. Philp (Comp.), *Intervenciones sobre el pasado* (pp. 19-41). Córdoba: Alción.
- Reyna Berrotarán, Denise (2012). “Homenajes post-mortem a Monseñor Pablo Cabrera. Primeras aproximaciones a la creación de genealogías intelectuales en la historiografía cordobesa. Análisis de caso: Acto inaugural del Instituto de Estudios Americanistas (1936)”. Ponencia presentada en el II Workshop Interuniversitario de Historia Política “*Actores y Prácticas Políticas en Espacios Provinciales y Regionales*”. Organizado por el Programa de Historia Política de Córdoba del Centro de Estudios Avanzados de la UNC y el Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI)- CONICET de la Universidad Nacional del Nordeste. Inédito.
- Reyna Berrotarán, Denise (2013). “Camino hacia la institucionalización de la historia en Córdoba: discusiones respecto a sus orígenes (1924-1936)”. En M. Philp, *Territorios de la Historia, la política y la memoria* (pp. 27-55). Córdoba: Alción.

- Tcach, César (2004). "Pensar Córdoba: reflexiones preliminares". *Revista Estudios (15)*: 9-14. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.
- Tcach, César (2010). *Córdoba Bicentennial, Claves de su historia contemporánea*. Córdoba: CEA-UNC.
- Zabala, Mariela Eleonora (2010). *Las verdades etnográficas de Monseñor Pablo Cabrera. Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba*. Tesis de Maestría en Antropología, FFyH- UNC, Córdoba.
- Zanatta, Loris (1996). *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Zaragoza, V. (2008). "El sermón como fuente: una aproximación bibliográfica". En A. M. Martínez de Sánchez, *Oralidad y Escritura. Prácticas de la palabra: los sermones*. Programa de Estudios Indianos - Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba: Báez Ediciones.